

LOS MISTERIOS DE LA DESCOLONIZACIÓN

La descolonización de los territorios africanos fue uno de los motores del movimiento portugués del 25 de abril: está a punto de cumplirse. Se dijo entonces, en los primeros documentos del movimiento de las Fuerzas Armadas, que la solución de las guerras de ultramar era «política y no militar», términos que reaparecen en la ley constitucional de descolonización publicada ahora, a fines de julio. Una solución política que pasa por un acuerdo con los principios de la Carta de las Naciones Unidas, y supone «el reconocimiento por Portugal del derecho de los pueblos a la autodeterminación», y añade que esto se hace «con todas las consecuencias, incluyendo la aceptación de la independencia de los territorios de ultramar y la abrogación de las partes correspondientes del artículo primero de la Constitución de 1933». Aquel artículo decía que los territorios africanos formaban parte de Portugal: sobre aquella ficción han pasado más de cuarenta años, en los cuales se ha tratado de acentuar esa supuesta unidad territorial, hasta convertirlos en provincias de una misma nación. Portugal publicaba antes del 25 de abril mapas en los que aparecían unidos la metrópoli y las llamadas provincias africanas, y presumía que su territorio real era mucho mayor que Europa. La ficción no pasaba de ahí: aún siendo escasos los derechos de los portugueses de la metrópoli, lo eran aún menos los de los «portugueses africanos», y en la práctica, la explotación era absoluta, salvo el caso de algunos individuos-muestra elevados a determinados cargos, en la práctica inoperantes, como demostración de que el negro es también portugués. La dureza de la guerra había aumentado aún más la separación entre blancos y negros. Estos denunciaban genocidios o inmensos campos de concentración —los «aldeamentos», en los que teóricamente se acumulaban poblaciones dispersas para evitar los ataques de los guerrilleros, pero en realidad se suprimían todas las libertades—, aquellos denunciaban el terrorismo y la complicidad de la Unión Soviética, a veces de China (menos de China por las relaciones especiales de Portugal con China por los territorios portugueses en Asia).

Todas las luchas de independencia de nuestro tiempo han sido acusadas de esta misma manera: la complicidad comunista.

Las metrópolis, afectadas por las insurrecciones, pretendían así justificar su acción, puesto que el anticomunismo estaba aceptado y fomentado en Occidente, mientras que la opresión o explotación de otros pueblos, el imperialismo y el colonialismo, estaban rotundamente condenados. Pretendían también hacer jugar en su favor los numerosos pactos anticomunistas existentes desde la OTAN hasta los bilaterales o regionales con los Estados Unidos anudados en tiempos de la pactomanía de Fosted Dulles (Presi-

rios «aliados» (filipinos, australianos, neozelandeses, coreanos, etcétera, en el Vietnam; un cuerpo expedicionario iberoamericano en Santo Domingo). Puede decirse que se trataba de una ficción (aunque en muchos casos haya habido envíos de armas, de dinero o de consejeros militares por parte de países comunistas) por la prueba de sus propios resultados: ningún país africano tiene hoy régimen comunista, ningún partido comunista está en el poder y aún en la mayor parte de los países el partido comunista

vimientos independentistas. Pero la tendencia venía de mucho más atrás. Al ganar su propia independencia con respecto a Europa, los Estados Unidos, hace casi doscientos años, no detuvieron ahí su esfuerzo, y continuaron el desafío a Europa en otros terrenos. Los españoles sabemos cuál fue la influencia decisiva de los Estados Unidos en lo que se llamó la pérdida de las colonias y de qué forma utilizaban esta descolonización para sí mismos, incorporándose, con distintos Estatutos, Puerto Rico y Filipinas



Argelia, al principio de su revolución, cuando el principal dirigente nacionalista era Ferhat Abbas, tan sólo pretendía ser una parte de Francia, con los mismos derechos y las mismas obligaciones que cualquier otra región. (En la foto, una imagen de la guerra de la independencia de ese país árabe. Un grupo de soldados franceses registran un hotel de Argel.

dencia de Eisenhower); en ningún caso los Estados Unidos han respondido a estas llamadas, aun cuando ellos mismos hayan tratado de revestir de anticomunismo algunas acciones coloniales propias y de internacionalizarlas como «defensa del mundo libre»: en tiempos, mediante la cobertura de la ONU (Corea, Congo), y cuando la ONU fue más difícil de manipular (precisamente porque fue anegada por el número de los nuevos países independientes), mediante la creación de contingentes o de cuerpos expediciona-

está fuera de la ley o segregado. En los movimientos de independencia en marcha en naciones todavía colonizadas, directa o indirectamente, los partidos comunistas representan un papel más bien moderador.

En cambio, la presión de los Estados Unidos para la descolonización ha sido muy importante: cabe decir que decisiva. El Presidente Roosevelt no cesó de ofrecerla a todos los países durante la segunda guerra mundial para evitar que se inclinase del lado nazi, como ya hacían algunos mo-

o creando la colonización invisible en Cuba y en todos los países de habla española, por el revestimiento de la doctrina Monroe —(América, para los americanos)—, pero en realidad para la creación de un imperio invisible (invisible al principio, patente después). Las descolonizaciones posteriores a la segunda guerra mundial en África y en Asia han tenido la misma tónica: hacer que los grandes países imperiales de Europa —Francia, Gran Bretaña— se quedasen desnudos de colonias y penetrar luego en



Imagen retrospectiva, y ya clásica, de la guerra anti-guerrillas librada por el Ejército portugués en Mozambique. Un grupo de soldados muestran como trofeo la cabeza de un guerrillero africano.

Juan Aldebarán

ellas, con lo cual aumentaban la dependencia de Europa y continuaban por otras vías la explotación colonial. Porque no debemos engañarnos: el bienestar —o el despilfarro, o la abundancia, o como quiera que se llame a nuestras sociedades de hoy— sigue estando basado en la explotación del mundo colonial, de sus materias primas y de su mano de obra barata, aunque una gran parte de las veces el uso de esta explotación nos obligue a pagar como intermediario a los Estados Unidos, como es el caso en la reciente crisis del petróleo.

Los Estados Unidos han racionalizado el colonialismo. Han descubierto un sistema inmejorable. También es un descubrimiento antiguo, de hace bastante más de un siglo, que produjo una guerra civil en Estados Unidos. Fue cuando se descubrió que el trabajo esclavista producía mucho menos que el trabajo llamado libre: la adquisición y mantenimiento de un esclavo, la duración de su vida, el sistema de guardianes y represiones necesario para guardarlo y obligarlo a trabajar, tenía un costo determinado; pero el trabajo del esclavo era de rendimiento bajo, por su resistencia a hacerlo y su torpeza, voluntaria o involuntaria.

En cambio, el trabajo llamado libre conseguía que el productor redujese su torpeza y aumentase su rendimiento por medio de una remuneración, llamada estímulo. El costo de un trabajador libre era menor que el del esclavo, y su producción mayor, pero, además, se obtenía una ampliación de mercados por la inversión del salario del trabajador libre en adquisiciones. Al mismo tiempo, la liberación de los esclavos iba a favor del «humanismo» (libertades individuales, hombre dueño de su propio destino, etcétera) y se respondía de una manera favorable al desafío europeo, que combatía la esclavitud y perseguía a los negros (en realidad, Europa defendía alguno de sus mercados: la remolacha en Europa tenía que defenderse del azúcar de caña americano, y el algodón producido en Egipto para Gran Bretaña, del que se producía a los Estados americanos del Sur; negando el derecho a la esclavitud, evitaban la concurrencia en precios de la producción americana. El «humanismo» de los cazadores de negros se revelaba cuando, a veces, echaban a pique un bargo cargado de negros encadenados sin preocuparse de su suerte). Este descu-

brimiento es una de las bases de la gran prosperidad de Estados Unidos.

Su traslación al mundo del colonialismo es relativamente sencilla. Basta con sustituir algunos de los términos anteriormente referidos a los esclavos para que todo cuadre. Un país colonizado requiere un importante ejército de ocupación y un sistema abundante de policía y represión. Requiere la creación de infraestructuras: carreteras, puertos, concentraciones urbanas... Y una burocracia, a partir de un gobernador, o virrey, o delegado general, o como se llame, según países y circunstancias. A cambio de ello, el trabajo del colonizado es mínimo. La famosa «pereza» de los pueblos colonizados no es más que una respuesta a los salarios bajos, al despotismo del capataz blanco y a la seguridad de que sea cual sea el esfuerzo, la impermeabilidad de las clases sociales es tal, que el trabajador nunca podrá salir de su condición (salvo, también, los casos de individuo-muestra). Que esta «pereza» se haya tomado como signo racial, o como explicación del atraso de tales pueblos, es algo que oscila entre la ignorancia y la mala fe.

En cambio, el deslumbramiento del neocolonialismo a través de la independencia es deslumbrador. El país descolonizado se encarga por sí mismo de los trabajos de infraestructura y de represión y burocracia. Recibe para ellos unos empréstitos, que devolverá al país en forma de productos o mediante la adquisición de ciertos bienes de consumo, incluyendo las armas para la represión interior y para este tipo de colonización mutua que suponen las guerras entre países de reciente independencia. Parte de esos créditos, o empréstitos, considerados muchas veces como ayudas, servirán para la corrupción de la clase dominante que ejerce el papel de policía. El trabajo, de entonces en adelante, se considerará libre: el hallazgo de nuevas riquezas se considerará como nacional, y las clases sociales se habrán permeabilizado y ofrecerán las condiciones de estímulo necesarias para el aumento de la producción: al no haber una barrera infranqueable entre blancos y negros, o entre extranjeros y nacionales, cada trabajador pensará que puede aspirar al máximo, puesto que de su nación, de su raza y de su religión son los que dirigen ahora el país. Que tiene su puesto en las Naciones Unidas, su bandera orgullosa, su Ejército nacional, sus pactos regionales... La sabia dosificación de compras-ventas, de inversión-retirada de beneficios, la regulación de los precios mundiales de mercado, hará que una vez más la relación de costos y ganancias sea mejor con este sistema que con el anterior, aparte de la ganancia psicológica y moral obtenidas. Se está actuando «a favor de la Historia».

Los países que perdieron su imperio se encontraron, de pronto, con una sorpresa: su nivel de vida mejoraba, su economía se restablecía. Habían librado una guerra por lo que creían vital para su existencia, y resultaba que, al perderla, su existencia había mejorado. El análisis ofreció esta evidencia: los costos de la explotación del país colonizado eran superiores a los beneficios obtenidos, sobre todo a partir de que los movimientos de independencia habían degenerado en guerras abiertas, o en el sistema genial inventado por Gandhi y típicamente asiático: la utilización de una aparente debilidad para superar al enemigo. En el caso indio, se llegó a la estimulación política de la pereza básica, y se llamó resistencia pasiva. (Invento genial mientras sirvió para la descolonización: al trascender después de la independencia, como estilo de vida, ha hundido o está hundiendo al país.) La cuestión estaba en que el esfuerzo colonizador recaía directamente sobre las clases sociales más bajas; aparte de que eran éstas las que nutrían las filas del Ejército y las que suministraban, indudablemente, el mayor número de bajas de todas clases, era de los impuestos y de la carestía de vida de donde se obtenían los fondos necesarios para el presupuesto colonial, mientras que los beneficios iban a parar a las grandes compañías, y a las clases políticas que las representaban y sostenían las guerras coloniales. Es curioso que los Estados Unidos, viejos descubridores del sistema del colonialismo invisible, fueran a parar, al cabo de los años, a caer en la trampa del colonialismo directo, como les pasó en Indochina, y se encontrasen con la resistencia de su propia sociedad a sostenerla en beneficio de las grandes compañías, hasta que finalmente han aplicado la buena fórmula: han retirado sus tropas y están encargando a Vietnam del Sur de la tarea del neocolonialismo.

Al desaparecer las cargas de las guerras coloniales, a partir de los años sesenta, los países colonizadores se encontraron liberados ellos mismos. Su economía giró. No eran ignorantes ni ajenos al mecanismo que estaban poniendo en marcha Estados Unidos, y quisieron manejarlo ellos mismos: la Commonwealth británica, la Communauté française, con el invento de la franfonía hecho por De Gaulle, significaban lo mismo: mantener unas llamadas «relaciones especiales», o una «independencia en la interdependencia» con los países abandonados con objeto de no perder sus posibilidades de explotación. Era ya demasiado tarde. Quizá antes de que las guerras coloniales llegaran al paroxismo se hubiese podido conseguir. Argelia, al principio de su revolución, cuando el principal dirigente nacionalista era Ferhat Abbas, no pretendía

LOS MISTERIOS DE LA DESCOLONIZACION

otra cosa: ser realmente una parte de Francia, con los mismos derechos y las mismas obligaciones que cualquier otra región. Los esfuerzos europeos para mantener el imperio invisible eran tardíos: los Estados Unidos dominaban la situación. Ofrecían mejores garantías, mejores armas, mejor dinero que nadie. Aún los países más realmente independentistas quisieron jugar la carta del Tercer Mundo, la posible o real hostilidad de la URSS y los Estados Unidos, para poder ganar algo por las dos partes. Visto a esta distancia, el juego era ingenuo y torpe. La URSS iba hacia objetivos más importantes para ella misma, y luego, su disputa con China desbarató los movimientos comunistas. Los países europeos tuvieron que llegar a la explotación del mundo colonial, o neocolonizado, a través de los Estados Unidos, de sus precios de mercado, de sus elaboraciones industriales con las materias primas. Europa iba a entrar a su vez en la colonización invisible, pero no como colonizadora, sino como colonizada. Con muchísimo respeto, con muchas declaraciones de igualdad. Los acontecimientos sucedidos a partir de octubre del año pasado hasta la reciente firma en Bruselas por Nixon y los Jefes de Estado o Gobierno de Europa de la Carta del Atlántico, pasando por la carestía de materias primas decretada por Washington y ejecutada por Wall Street, lo muestran muy bien.

El caso de Portugal es perfectamente igual, pero con unos años de retraso. Las colonias, consideradas como ubres nutricias de la pequeña metrópoli, encarecieron su precio por las guerras coloniales: guerras sostenidas a enorme distancia de las costas portuguesas. Estaba claro también que las soportaba el pueblo, soldado y pagador de impuestos, y que los beneficios iban a las grandes industrias, hasta el momento en que ni siquiera ese desequilibrio bastó, y las grandes industrias, el gran capital, comprendió que era más remunerativo entrar en el nuevo orden europeo. Aún pretendió, por mediación de Spínola (todo ello expuesto en su libro «Portugal y el futuro»), hacer funcionar el neocolonialismo, el sistema de federación o confederación. La ilusión apenas ha durado tres meses. Todas las maniobras de retraso de Spínola han sido inútiles: no se puede decir que la suerte estaba echada desde el 27 de abril, sino que el 27 de abril se produjo porque la suerte estaba echada desde antes. Las fórmulas de referéndum, de asociación, de interdependencia, e s t a b a n muertas. La «decisión histórica»,

como se dice, de reconocer a Guinea-Bissau como República independiente y de llegar a unas negociaciones administrativas era inevitable. Puede ocurrir que al desaparecer los enormes gastos de Portugal en la inmensa zona africana que explotaba, su economía popular —su nivel de vida— experimente un inmenso salto hacia delante. Pero no será más que un primer paso, un paso sin fondo. Inevitablemente, Portugal entrará en la economía general de la Europa Occidental, con todas sus dependencias; sus grandes capitales recibirán los nuevos beneficios posibles de esta operación. Y los pueblos liberados entrarán, por el camino que puedan, en la misma categoría que los otros países descolonizados hace diez, quince años.

No debe desprenderse de todo esto que era mejor o más justa la situación anterior, de colonización directa, que esta otra de independencia mediatizada, o de colonización invisible. Esta situación nueva abre esperanzas que antes no había, sobre todo si los pueblos descolonizados saben darse cuenta de que la independencia no es una meta y de que ha terminado, sino que sólo ha dado un primer paso, como los Estados Unidos se dieron cuenta hace doscientos años de que desprenderse de la corona británica no lo era todo, aunque las circunstancias de las independencias de Estados Unidos y otros países americanos fueran esencialmente distintas; entonces eran los propios colonos los que se desgajaban de su nación, mientras que ahora son los colonizados. El movimiento independentista por parte de los colonos es el que han seguido Rhodesia y Sudáfrica, y es una forma de perpetuación de la explotación racial. Y, sin duda, África del Sur y Rhodesia sufrirán ahora de las nuevas independencias de los países que les rodean: su alianza con el Portugal fascista ha terminado.

Lo que ocurre es que tanto Portugal como sus colonias van a entrar ahora en un esquema, en un sistema distinto. En el mismo que comenzó a inaugurarse en 1960, con algunas excepciones anteriores, para el resto de los países europeos y africanos que tenían una relación colonial. El largo retraso ha sido fatal para las dos partes, como lo ha sido para el régimen que lo sostuvo. La justicia o injusticia de sus situaciones dependerá de cómo sepan evolucionar dentro de los sistemas en que quedan inscritos, y también de la totalidad de las relaciones internacionales. Han dejado de ser un mundo aparte, y tienen esperanzas distintas de las que tenían antes. ■ J. A.

Rebelión en las prisiones francesas

LA CONDICION PENITENCIARIA

PRÁCTICAMENTE ha sido una revolución lo que se ha planteado en las prisiones francesas. Las protestas iniciadas por los prisioneros en una de ellas se han extendido a todo el país, incluso a ultramar (la cárcel de Guadalupe, en el Caribe); en una semana han sido muertos seis prisioneros en las operaciones de represión, y algunas prisiones han resultado destruidas. Apenas había vuelto la calma cuando, a su vez, los guardianes de prisiones han comenzado una huelga y planteado sus reivindicaciones; en algunos puntos, prisioneros y guardianes han realizado una acción conjunta. En Arras, encarcelados y celadores han realizado una huelga de hambre conjunta; en Niza, en Mulhouse, los prisioneros han hecho públicos documentos solidarizándose con las peticiones de sus guardianes. Lo que unos y otros piden es una reforma de la condición penitenciaria de forma que las condiciones de vida sean en esos establecimientos más concordes con la vida exterior actual. El punto de partida es simple: en tiempos pasados, la vida era considerablemente más dura que ahora, y las condiciones en las cárceles eran duras también, pero se trataba solamente de apartar a personajes peligrosos para la sociedad; poco a poco, la vida exterior ha ido cambiando hacia mayores comodidades, por los adelantos técnicos y nuevos conceptos humanos, pero en las prisiones no se ha seguido esa evolución y los regímenes de detención han continuado estancados. Hace un siglo, por ejemplo, no existía la calefacción central para nadie, y ahora es un bien común: no hay razón ninguna para que en algunas prisiones no exista, porque no se trata de condenar al prisionero a pasar frío y a enfermar por él, sino al aislamiento de la sociedad. Otro tipo de restricciones ni siquiera depende ya de cuestiones presupuestarias, como podría ser el ejemplo alegado: son prohibiciones antiguas que se mantienen por inercia o una forma de resistencia a la aparición de formas nuevas de vida. Entre las peticiones de los presos franceses estaba la de poder tener aparatos de radio, recibir la prensa o poder tener correspondencia más frecuente y no censurada con sus familiares. Los guardianes, por su parte, y según los comunicados de sus sindicatos, estiman que al ser ellos los encargados de cumplir esas restricciones y de la vigilancia para que se cumpla el régimen, participan del trato no humano, o son su vanguardia, y se crea entre los prisioneros y ellos una tensión que no tendría

por qué existir y que en otros tiempos no existía o estaba mitigada (un magistrado francés recuerda a este respecto que en otros tiempos, cuando un director de prisión o un celador se jubilaban o cambiaban de puestos, recibían regalos de despedida de los presos). Su profesión se ha vuelto enormemente arriesgada, y cuando hay un motín o un intento de fuga, los guardianes son tomados como rehenes y a veces muertos por los prisioneros.

Algo que ha cambiado también notablemente en nuestros tiempos es la imagen del preso. Si antes era un hombre malo «por naturaleza», o un «criminal nato» hasta para las teorías científicas (Lombroso), hoy su valoración ha cambiado mucho: oscila entre la «víctima de la sociedad», o el punto débil por donde se corrompe la tensión social, y el hombre «con mala suerte en la vida». No siendo inevitablemente «malo», es recuperable, y la prisión debería ser el lugar en el que se practicara y se encauzara esa recuperación. Unas condiciones de dureza exagerada pueden, en cambio, perderle para siempre. Esta imagen del prisionero recuperable, y en ningún caso, genéticamente destinado al delito, ha aparecido en un hecho que por azar se ha producido en España al mismo tiempo que ocurrían los motines de Francia, el incendio de la prisión de Alcalá de Henares: las autoridades penitenciarias han expresado oficialmente su reconocimiento a los reclusos por su comportamiento cívico al contribuir a apagar el incendio y a salvar a sus compañeros, y han propuesto la anulación de medidas disciplinarias anteriores y unas reducciones de condena. La idea del hombre malo de una sola pieza deja paso a la del hombre que puede tener un comportamiento malo en un momento determinado, y aun reincidir en ello, según las normas vigentes de ley y conducta, sin que eso coloree enteramente su personalidad.

En algunos países europeos se está procediendo ya a una revisión completa del sistema penitenciario. En Alemania Federal, las reformas se van acumulando desde hace cinco años, en que comenzó la revisión, y se cree que podrán estar terminadas para 1976. El retraso es debido a cuestiones presupuestarias. Alemania es una república federal, y los regímenes penitenciarios son diversos: en algunos de sus estados se realizan ensayos que podrían ser adoptados por otros. En Hamburgo se han dado cortos períodos de vacaciones a los presos (el año pasado, más de un 5 por 100 no regresó a las cárceles,